

Konrad Lorenz

Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros

PRÓLOGO DE
MIGUEL DELIBES DE CASTRO



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Queríamos ser Konrad Lorenz

Sobre algunos defectos de fábrica. Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca

Prólogo

Los animales pueden resultar incómodos

Algo que nunca puede causar daño: un acuario

Dos animales de presa en el acuario

Sangre fría

Sempiternos camaradas

El anillo del rey Salomón

Nuestra pequeña Martina

Hazme caso y no compres ningún pinzón

La compasión hacia los animales

La moral y las armas

Después de todo, la fidelidad existe

Reírse de los animales

Láminas

Créditos de las láminas

Nota

Créditos

Sinopsis

¿Qué clase de lenguaje poseen los animales, para poder comunicarnos con ellos?, ¿qué código de señales usan las distintas especies? El hombre que consiguió que un grupo de gansos recién nacidos lo siguiesen instintivamente como si él fuera su madre nos explica sus experiencias, estudios y anécdotas tras años de observación de la conducta de aves, ratas, peces y monos capuchinos. Y nos describe, por ejemplo, la agitada lucha por la supervivencia en los acuarios, las estrategias alimentarias de la grajilla, los instintos alimentarios de las aves o los espectaculares despliegues en los cortejos de apareamiento.

Queríamos ser Konrad Lorenz

Si acaso pretende que su hija estudie dirección de empresas, o su hijo sea ingeniero de caminos, es preferible que evite riesgos y no les regale este libro. Porque si lo hace, y a poco que les gusten los animales, su lectura les prenderá y usted tendrá muchas papeletas para acabar siendo padre de naturalistas. Tal vez resulte exagerado decir de uno mismo que fue enganchado de esa manera, pues ya disfrutaba en el campo y estudiaba biología cuando descubrió a Lorenz, pero no exagero un ápice afirmando que después de que entrara en mi vida *Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros*, mi principal sueño era convertirme en Konrad Lorenz. Quería vivir como él, disfrutar como él, aprender como él. Y tal fascinación no me ocurrió a mí sólo sino, como contaré, también a otros amigos con los que compartí el libro.

Eran los últimos años sesenta del pasado siglo. Estudiábamos biología y adorábamos la naturaleza, pero en aquella universidad anclada en la posguerra nadie nos había hablado de Konrad Lorenz, y tampoco de etología, ni siquiera de la teoría de la evolución. Descubrimos este libro más o menos solos, y como no podía ser de otra manera, nos maravilló. Por muchas razones, pero, principalmente, porque era distinto de todo lo que conocíamos. Que los animales fueran divertidos ya lo sabíamos, pero no que pudiera describirse su comportamiento con tanto sentido del humor. Con *Hablaba con las bestias...* se ríe uno, se ríe a carcajadas. Y se ríe, como Lorenz sugiere al final, sobre todo de

los humanos que conviven con animales, no de estos últimos. En la facultad nos mostraban bichos muertos, disecados o en frascos con formol, y en estas páginas están vivos, frescos, pletóricos. Además, por si fuera poco, su conducta es estudiada en libertad, no en estrechas jaulas y laboratorios que con mucha frecuencia nos echan para atrás a los amantes de la fauna. En uno de los capítulos, describiendo sus famosas observaciones sobre gansos silvestres, el autor escribe: «Puede calificarse de afortunada una ciencia en la que la parte esencial de la investigación consiste en retozar por las orillas del Danubio y bañarse en sus aguas, desnudo y libre, en compañía de una manada de gansos silvestres. Soy un hombre perezoso, tan perezoso que sirvo más para observador que para experimentador». ¿Cómo no ambicionar esa clase de vida?

De todos modos, si lo recuerdo bien, a los veinte años nosotros no pensábamos en hacer ciencia, que ni siquiera sabíamos bien lo que era. ¡Qué diferentes nuestras condiciones de las de los jóvenes de hoy, que pueden acceder fácilmente a sociedades y revistas científicas, leer secciones de ciencia en los periódicos e internet, etcétera! Pretendíamos disfrutar y aprender, comprender mejor a los animales, tal como hacía Konrad Lorenz, sin necesitar para ello un mágico anillo cual rey Salomón (dice la leyenda que, portando su sortija, el monarca entendía a los animales, y nuestro autor responde; «También puedo hacerlo yo... y no necesito para ello ningún anillo encantado»). ¡Nos entusias-maba!

En aquella época vivíamos en un colegio mayor en Madrid, junto al Parque del Oeste, y mi amigo Juan Calderón fue el primero en tomar la iniciativa y adoptar una pollada de ruiseñores que habían nacido en un seto alledaño. Ciegos e implumes, respondían abriendo desmesuradamente la boca ante los leves estímulos (un ruidito, un pequeño ro-

ce del nido artificial) cuando íbamos a alimentarlos. Luego reconocieron a Juan y lo acompañaban en su hombro, o posados uno junto a otro en el borde de una maceta que llevaba en la mano cuando salía a pasear. Por cierto, darles de comer no era tarea sencilla, y pasábamos horas buscando huevos (en realidad, pupas) de hormiga por el parque, además de aprovechar saltamontes y lombrices. Sólo más tarde descubrimos que existía el pienso para pollitos de un día, muy proteico, que sentaba estupendamente bien a nuestros jóvenes insectívoros, pero el problema entonces fue que los distribuidores se negaban a vendernos las pequeñas cantidades que precisábamos, acostumbrados como estaban a cubrir las demandas de granjas que sacaban adelante decenas de miles de animales.

A los ruiseñores siguió un pollo de zorzal que, como sus predecesores, una vez que comenzó a volar se movía libremente por la habitación del colegio, para sorpresa, que en poco tiempo daría lugar a una mezcla de fascinación y disgusto, de las chicas que se encargaban de la limpieza. Puesto que ruiseñores y zorzales no son aves sociales y se alejan de su familia tan pronto son capaces de hacerlo, una vez llegados a grandes los nuestros entraban y salían por la ventana, se procuraban alimento en el jardín exterior y un día, sin más, no regresaron, probablemente sin echarnos en falta. A partir de ese momento sentíamos la necesidad de dar el salto a un animal que se apegara más a nosotros y, como en todo lo que hacíamos, Konrad Lorenz (y poco a poco también Niko Tinbergen, aunque hacía experimentos finos y más complicados, en vez de dedicarse a observar) eran nuestros guías. Puesto que en España no crían los gansos silvestres, repetir la experiencia de troquelar a *Martina*, la gansa de Lorenz, quedaba fuera de nuestras capacidades. Pero sí que podíamos remedar el caso de *Choc*, la grajilla que, según afirma el autor de este libro fue proba-

blemente el animal que más le enseñó. Así que un día de primavera, en compañía de otro amigo, Agustín Agudo, recogimos del nido un pollo de grajilla en unas ruinas de Villacastín, en la sierra de Segovia. Lo llamamos *Morris*, por el nombre del árbitro de un partido de fútbol del Valladolid, nuestro equipo, del que se hablaba mucho esos días, pero no recuerdo si era porque nos había beneficiado o perjudicado con su actuación.

Seguro que algunos lectores han visto la película *Los santos inocentes* y recuerdan a la «Milana bonita», la grajilla del Azarías a la que dispara y mata el Señorito Iván. Quizás les guste saber que esa grajilla existe en la ficción gracias a que *Morris* lo hizo en la realidad, y que *Morris*, como ya conocen, es resultado de mi lectura juvenil de *Habla con las bestias, los peces y los pájaros*. No me cabe duda de que sin Konrad Lorenz la «Milana bonita» no hubiera existido. Criamos a *Morris* en casa, en gran medida con pienso compuesto. Emplumó, creció y ese verano en la casa de Sedano (Burgos) se volvió un miembro más de la familia. Cualquiera de los hermanos la llevábamos de paseo sobre el hombro, nos acompañaba a pescar cangrejos, volaba a los árboles cercanos para retornar cuando la reclamábamos... Mi padre, el escritor Miguel Delibes, era tal vez quien más gustaba de experimentar con su fidelidad, e iba con ella a los cortados del río Rudrón, donde vivían otras grajillas, para tentarla. Como Lorenz cuenta que hacían las suyas, nuestra *Morris* seguía a la bandada de grajillas salvajes cuando alzaban el vuelo, pero indefectiblemente prefería su grupo humano y volvía a mi progenitor cuando la llamaba. Por desgracia, no habíamos enseñado a *Morris* que los gatos eran peligrosos, y una madrugada la mató un felino cuando había volado hasta la panadería del pueblo, como solía hacer, para dar los buenos días y comer unas migajas mientras sus perezosos familiares humanos aún

dormíamos. Mi padre nunca olvidó a *Morris* y la recreó en la «Milana» de su novela, que llevó al cine Mario Camus.

Recordar a *Morris*, el tímido remedo de *Choc*, lleva a subrayar que Lorenz ponía nombres a sus animales (con frecuencia explica en el libro, incluso, por qué razón los escogía), o al menos a algunos (los que criaba él mismo). Ciertamente *Hablaba con las bestias...* no es un libro de ciencia. Si hemos de creer al autor en su prólogo, se trataría únicamente de una obra alternativa a las numerosas de «la turba de escritores que se atreven a contar cosas de los animales sin conocerlos». Contiene, sin embargo, muchas de las observaciones que pusieron las bases del estudio moderno del comportamiento animal y que valieron a su autor el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1973 (compartido con Karl von Frisch y Niko Tinbergen). Por eso resultaba tan novedoso como atractivo, en su momento, que los protagonistas de un libro «serio» sobre animales se llamaran *Gloria* (un mono), *Martin* y *Martina* (dos gansos), *Buitre* (un loro), *Roa* (un cuervo) o *Hansl* (una corneja). En aquella época se pretendía que los animales objeto de investigación fueran anónimos, identificados por números (o, a lo más, como también hace Lorenz, por sus marcas, como las grajillas *Verde Amarillo* o *Amarilla Roja*, que hacen referencia a los colores de sus anillas) y se les negaba una personalidad (un cuervo tenía que ser igual a todos los demás cuervos). La famosa primatóloga Jane Goodall ha contado cómo su primer artículo científico acerca de los chimpancés de Gombe fue rechazado porque los editores de la revista adonde lo envió le exigían que cambiara por números los nombres de sus animales. Probablemente la mayoría de los jóvenes científicos habrían (habríamos) aceptado esa imposición («al fin y al cabo, qué más da *Goliat* que *M2* o *Flo* que *F3*, si a cambio me publican el manuscrito»), pero la tenaz Goodall

no lo hizo, peleó exponiendo sus razones y consiguió finalmente lo que pretendía.

Naturalmente, impedir que a los animales se les pusieran nombres no era algo caprichoso, sino que tenía una clara motivación: en aras de la objetividad científica, se pretendía evitar cualquier atisbo de apego emocional entre el investigador y los seres que estudiaba. Konrad Lorenz, sin embargo, afirma con rotundidad, ya en su prólogo de este libro: «No existe ningún buen biólogo, cuyos trabajos fueran coronados por el éxito, que no haya sido llevado hacia su profesión por aquel placer interior que deriva de contemplar las bellezas de las criaturas vivas». Todos los que hemos trabajado con animales escasos y hermosos, como puede ser el lince ibérico, hemos recibido críticas por nuestro innegable compromiso sentimental con ellos (de hecho, interferimos en su existencia, pues a menudo no queremos limitarnos a documentar científicamente su camino a la extinción, sino cambiarlo). Reconozco que el conflicto entre la objetividad exigible a la ciencia y la pasión por la naturaleza es un dilema real, del que los biólogos de la conservación debemos ser permanentemente conscientes, pero Lorenz nos enseñó que en modo alguno resulta incapacitante. Otra conocida primatóloga, Biruté Galdikas, escribió en su maravilloso libro *Reflejos del Edén*, dedicado a los orangutanes de Borneo: «Si se estudia un animal, un pueblo o, incluso, un idioma que lucha por sobrevivir, ¿cómo se puede no intervenir?».

Resultan conmovedores a lo largo del libro los esfuerzos (coronados por el éxito) de Konrad Lorenz para evitar el antropomorfismo e incluso explicar en qué consiste ese riesgo. Sus animales no sólo tienen nombres y en muchos casos personalidad propia, sino que se enamoran, pelean, muestran apego hacia unos individuos y rechazo hacia a otros, se comunican entre sí, dejan ver sus emociones, for-

man «matrimonios»... y a pesar de ello, no son humanizados. «Lo demasiado humano es casi siempre prehumano», escribe Lorenz, y poco más adelante remata: «A fe mía que no proyecto las características humanas en el animal; antes, al contrario, muestro la cantidad de herencia de origen animal que persiste todavía en la humanidad». Tan sólo en un capítulo, me parece, el autor se deja llevar por sus prejuicios. Convencido de que existen perros resultado de la domesticación del lobo y otros de la domesticación del chacal, se obstina en discriminar entre unos y otros, cuando hoy sabemos que todos los canes son de origen lobuno (aunque, fuerza es reconocer, hallazgos recientes sugieren que algunos aparentes chacales podrían ser genéticamente más cercanos a los lobos).

Espero que de todo lo dicho entiendan que nos hallamos ante un libro encantador, fácil de leer, muy divertido y apto para todos los públicos. Pero desearía transmitirles también que de una forma desenfadada este libro da cuenta de algunos de los hallazgos más relevantes en la base de la etología, la ciencia del comportamiento animal. Conceptos como la jerarquía, la ritualización de las conductas de lucha y cortejo, la impronta o «proceso de fijación irreversible», con su periodo crítico, el vínculo social, la respuesta innata *versus* el aprendizaje, el valor de supervivencia del comportamiento (revelando la omnipresencia de la selección natural y el proceso evolutivo), la inhibición del ataque mortal, las conductas de desplazamiento (¿por qué en una situación de conflicto entre dos opciones, en vez de decidir entre ellas nos lanzamos a comer patatas fritas?), difícilmente se olvidan después de leer *Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros*.

Ni mis amigos ni yo fuimos Konrad Lorenz, por más que releendo hoy este libro, casi medio siglo después, me dé cuenta de hasta qué punto facilitó nuestro camino y ha in-

fluidido en que seamos lo que hemos llegado a ser. Entre 1969 y 1972 trabajé con Félix Rodríguez de la Fuente en la redacción de la enciclopedia *Fauna*, que en su momento tuvo mucho éxito y fue traducida a decenas de idiomas. Todos los que hacíamos *Fauna* admirábamos a Konrad Lorenz y habíamos leído en las páginas de *Hablabla con las bestias...* su elogio a la divulgación: «Tomo muy en serio la misión de despertar en el mayor número posible de personas una profunda comprensión por las maravillas de la naturaleza». En consecuencia, festejamos que Félix viajara a Austria para proponerle que escribiera el prólogo de las ediciones internacionales de la obra. Lorenz aceptó y dejó en su prólogo algunas sentencias memorables, como: «Pienso que en nuestros días los seres humanos hacinados en grandes ciudades, que viven sin contacto suficiente con las bellezas de la naturaleza y el arte, sufren muy gravemente esta privación». Pero para uno, a qué negarlo, lo más conmovedor de aquel texto fue que me permitió compartir con su autor un pequeño espacio en la página de créditos.

No quisiera terminar, y ya lo hago, sin una breve referencia a los dibujos, que creo proceden de la edición original y son maravillosamente expresivos, y a la traducción. Para cualquier naturalista, un libro traducido por Ramón Margalef, gigante de la ecología, merece consideración, al margen de su contenido.

Miguel Delibes de Castro
Profesor Ad Honorem
Estación Biológica de Doñana, CSIC

Sobre algunos defectos de fábrica. Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca

Nosotros —y en este colectivo nos incluimos el autor, que se estrena con libro; la editora, que en realidad es jurista y sólo secundariamente se ha dedicado a la edición de libros y por entonces no había editado ninguno, y, finalmente, el corrector, que, aunque duro de mollera, era el único literato profesional de los tres— un apacible atardecer del año pasado, después de discutir sobre libros de animales, buenos y malos, decidimos componer el que tienes en las manos, lector. Estamos orgullosos del resultado, pero no queremos ocultar sus defectos.

Para empezar, tropezamos con el título original: *Hablabla con las bestias, los peces y los pájaros*. Puede dar origen a interpretaciones que no corresponden a nuestro sentir, y así me escribió un lector que casi había tirado el libro que había recibido como regalo de Navidad, porque no quería imaginarse incluido en ninguno de los tres grupos de presuntos oyentes a los que, al parecer, dirigía el autor sus palabras.

El título del tercer capítulo anunciaba «Tres animales de presa en el acuario» cuando, bien mirado, sólo se trataba de dos, del ditisco y de la larva de libélula. El tercer depredador, que era el lucio, fue eliminado por el corrector, porque era demasiado largo (el texto dedicado al lucio, no el corrector). Pero dejó el encabezamiento del capítulo tal co-

mo estaba, prometiendo un tercer animal de presa que luego no aparecía. Temí las peores consecuencias; pero afortunadamente sólo un lector advirtió la pequeña equivocación: era un científico bien conocido por su meticulosidad.

También debo recordar la lamentable historia del hámster dorado, que se puede dejar libre por la habitación, porque —según el libro— no roe ni trepa. Ya tuve el presentimiento de que me había precipitado cuando, poco después de la impresión de nuestro librito, encontré un nido de esta especie sobre un elevado cofre de estilo María Teresa y en un archivador de cartas. Un rollizo hámster macho, ya de edad madura, descubrió que el papel era un material excelente para el nido, y, además, había desarrollado una admirable técnica de escalada de «chimenea», que aplicaba para subir entre el arcón y la pared. Sus dientes abrieron una cavidad esférica en el centro del legajo de cartas, y con el material así obtenido acondicionó el nido magníficamente. De las cartas que había en el archivador quedaron sólo una especie de marcos; pero, hacia los extremos, los redondos agujeros se iban haciendo cada vez más pequeños, siguiendo una curva que no es privilegio de los geómetras; sólo la primera y la última de las cartas habían quedado intactas. Así, por principio, interrumpo la lectura de las cartas que me envían mis lectores y que, tras algunas manifestaciones benévolas, referentes a la valía del libro en general, pasan a tocar el capítulo de los hámsteres dorados. Sé demasiado bien adónde van. Por eso he vuelto a confinar estos animalitos en sus cajones, y no por los archivadores de cartas —hasta ahora no han comido otra cosa—, sino porque representarían una amenaza para el jerbo, que hace algún tiempo salta por mi habitación. Por desgracia, en la última limpieza general, mi esposa encontró en el nido del citado roedor otra prueba acusadora: hilos de lana, rojos y azules, de la alfombra. (Acerca de la

gran alfombra persa con las manchitas verde oscuras que han palidecido hasta el verde amarillento, véase la página 22.) De manera que la alfombra o el jerbo deberán salir de mi habitación. Aún no me he resuelto a tomar una decisión.

Finalmente, estos últimos días me han puesto de tal humor mis acuarios, que me parece una burla el título que di al segundo capítulo: «Algo que nunca puede causar daño: un acuario». Recientemente, en el silencio de la noche, se rompió el cristal de un acuario de cien litros, por lo cual se inundó la habitación, y anteayer, a las cinco de la madrugada, mis tres bombas de aireación dejaron de funcionar a la vez. Estuve luchando siete horas con ellas, hasta conseguir que por lo menos una volviera a trabajar. De ello dependía la suerte de una numerosa cría de cíclidos (*Etroplus maculatus*). En mi libro se insiste machaconamente en que no deben ponerse demasiados peces juntos en un acuario; por lo menos no debe rebasarse la capacidad que permite el equilibrio biológico del recipiente. Por desgracia, aquel acuario contenía unos trescientos pequeños *Etroplus*, de 2 a 3 cm de largo, aunque en realidad sólo debería haber puesto unos treinta. El trabajo de reparar las bombas podía compararse con el de un cirujano luchando con un vaso que sangra copiosamente y que no puede localizar. Mas prometo que mañana mismo los doscientos setenta pececitos supernumerarios serán distribuidos por diferentes comercios vieneses de peces.

Después de estas experiencias creo tan poco en los encabezamientos de capítulos que me he procurado dos pinzones, como reacción al título del capítulo octavo, donde digo: «Hazme caso y no compres ningún pinzón». Son dos pajaritos apacibles que ha criado mi colaboradora, la doctora Ilse Prechtl-Gilles, para estudiar experimentalmente las reacciones con que solicitan alimento los pajaritos jóvenes. Por ahora, las avecillas son mansas, encantadoras y se por-

tan bien. Sirva esto de consuelo a los lectores que me han escrito cartas llenas de reproches en defensa de los pinzones.

A pesar de estos defectos, todo lo que se consigna en el libro es verdad, aunque muy relativa. Pruébese a dejar una ardilla en la habitación; comparado con ella, un hámster dorado resultará un ser completamente inofensivo. El acuario es fuente de preocupaciones y daños sólo en casos excepcionales, y creo que mis pinzones no serán siempre tan mansos y buenos como parecen serlo hoy. De manera que prefiero dejar las cosas tal como estaban en la primera edición. (Menos el número de animales de presa en el acuario. — *Nota del revisor.*)